

literaria del escritor: constitución psíquica de Blanco-Amor, por un lado, y, por otro, presentación del autor en el discurso estético, dilatado en el tiempo y desperdigado en el espacio, de su época vital.

Respecto al perfil psíquico al que aludo, es cierto que se atiene a los años posteriores a 1962, fecha de su regreso definitivo a Galicia, momento en que la figura de Blanco-Amor recogía más silencios y desdenes que aprobaciones y aplausos, lo que provocó un agudizamiento del desamparado orgullo de quien se sabe solo pero no puede renunciar al reconocimiento ajeno. En sugerentes palabras de Xesús Rábade, «Blanco-Amor é unha síntese de fermosura e tristeza». Un ejemplo de su oscilación entre soberbia y vencimiento nos lo ofrece Xavier Carro, quien fue espectador privilegiado de la conferencia que diera Blanco-Amor en el casino de La Estrada. Tras el acto, los organizadores —entre los que estaba el propio Carro— lo llevaron a Santiago, al Hotel de los Reyes Católicos, donde le habían reservado alojamiento, lo cual motivó una confesión de Blanco-Amor que no tiene desperdicio (pp. 25-26). Cabría preguntarse si ese carácter tan expresivamente reflejado en este libro era consustancial al escritor o sólo el resultado de la edad y del resentimiento tras su oscuro acoplamiento a la España del tardofranquismo. ¿Era así Blanco-Amor en los años de su estancia en Argentina? Carro nos dice lo que sabe, y calla por honestidad aquello que no pasaría de ser una sarta de conjeturas.

Respecto al segundo aspecto aludido —situación de Blanco-Amor en el cambiante universo literario—, las dificultades que vence Xavier Carro no son pequeñas. El escritor orensano había nacido en 1897, y todavía en los años setenta de nuestro siglo publica alguna obra. Su formación literaria, que hubo de quemar rápidamente etapas debido a su autodidactismo, fue desordenada y heterogénea. Aún en Galicia, aprehende el simbolismo francés a través de Vicente Risco, bajo cuya tutela se inició Blanco-Amor en el oficio de escritor. Ya en Buenos Aires, adonde marcha en 1919, entra en contacto con Alfonso Reyes, Leopoldo Lugones, Horacio Quiroga, Jorge Luis Borges y otros escritores. Allí se contagia de modernismo tardío, pero también allí conoce los experimentos vanguardistas, que después contrastará, en sus esporádicas estancias en España, con los poetas del 27.

Y si Buenos Aires, en los años veinte, era una ciudad culturalmente tan gallega como Orense, también era «a cidade máis ecuménicamente culta de fala castelán», en palabras de Blanco-Amor, quien añade: «Un mozo do meu tempo podía ver danzar á Paulova e a Nijinsky, dirixir a Siegfried Wagner as obras do seu pai, asistir ás esposicións colectivas dos impresionistas franceses e ás conferencias de Clemenceau e de Ortega. Asistir ó teatro en cinco idiomas, entre eles o yiddish con estupendos actores. Ler ó mesmo tempo que en Londres, París ou Roma as novidades literarias, porque en Bos Aires unha das formas previas de todo proceso de culturización era ler non menos de catro idiomas» (p. 11). Ningún medio mejor para que Blanco-Amor pudiera ampliar su formación cultural y literaria.

Entre Buenos Aires y España (a donde lo envía más de una vez el diario *La Nación* como corresponsal) se va inficionando de los artificios neotrovadorescos (paralelismo, leixa-pren, refrán) que tratan de configurar una mítica galaica. Pese a que el neotrovadorismo aparece como una actitud proyectiva de lo gallego, la realidad es que se trata de una rémora esencialmente nostálgica y artificial —el juicio de valor es mío, no de Carro— creada sobre la falsilla de los «cancioneiros» galaicoportugueses del Medioevo, conocidos y valorados ya en el XIX, pero sin considerable influjo literario hasta la tercera década del siglo XX. De 1928 es la edición de las cántigas de amigo y de amor que hiciera en Coimbra José Joaquim Nunes. La elección de un paisaje espiritual, de una tradición poética y aun de una lengua, la gallega, son las marcas de su configuración vital y literaria. Y hablo de elección de una lengua porque Blanco-Amor había sido educado en castellano. La inserción de sus primeros poemas en el espacio cancioneril se acompaña con el uso de una lengua en la que habría seguramente de sentirse un tanto extraño: «Escomencei a escribir os meus primeiros poemas galegos aos vinte anos e escribinos como quén emprega un idioma aparte, alleo ós seus orixes, unha lingua koiné como o esperanto, como o francés... Era unha actitude literaria a miña» (p. 41). Pero esta casi «postiza» actitud literaria adquiere caracteres, en una segunda etapa, de vivencia «que se afirma coa primeira viaxe á Galicia e que queda marcada por unha identificación espontánea coa lingua» (p. 43), en

palabras de Xavier Carro, apoyadas por el testimonio del propio Blanco-Amor: «O fondo significado dun idioma marxinado que non dependía dos libros nin da cultura, senón que nacía e medraba como as plantas de seu, ca mesma pureza. Descubrin que era o mesmo idioma castigado e trunco que me prohibían falar de neno» (p. 43).

En 1928 aparece en Buenos Aires el primer libro de poemas de Blanco Amor, *Romances galegos*, compuesto seguramente unos años atrás, que recoge ya ecos del nuevo clima, aunque sin la condensación trágica y la simbiosis armónica entre lo popular y lo vanguardista que se aprecia en el *Romancero gitano* de Lorca, publicado ese mismo año. La concomitancia cronológica entre ambos libros no es casual, pues se acompaña de coincidencias más importantes, como el afán «moderno» de gestar una mitología popularista en que los aspectos del costumbrismo más concreto quedan quintaesenciados en una constelación simbólica. El contacto personal con Lorca le llevaría, años más tarde, a ejercer de corrector de algún pequeño desliz métrico u ortográfico que Lorca cometiera en sus *Seis poemas galegos*.

Es fácil pensar que sus relaciones con los intelectuales del galleguismo no se estrecharían íntimamente antes de su primera salida a Buenos Aires, sino tras su primer regreso, en 1928. La consolidación del galleguismo había tenido dos hitos importantes: el del foco coruñés, que cuajaría en «As Irmandades da Fala» (1916), y el del foco orensano-pontevedrés, que lo haría en la revista *Nós* (1920), núcleo de la «Xeración Nós» que abre el paso a la vindicación de lo gallego en lo literario y, más aún, en lo político, como lo muestran las «Primeiras verbas» del número inicial de la revista, cuyos colaboradores, se decía, podían ser «individualistas ou socialistas, pasatistas ou futuristas, intuicionistas ou racionalistas, naturistas ou humanistas», incluso «poden ser hasta clásicos, con tal de que poñan por riba de todo o sentimento da Terra e da Raza». Es evidente el influjo que la «Xeración Nós» —la generación de Risco— tuvo en la conformación de las generaciones siguientes, como la del 25, de Luis Pimentel, Manuel Antonio o Amado Carballo, o la del 36.

Blanco-Amor, de nuevo en Argentina en 1935, apoyó desde allí a la República durante los años de la guerra civil, y en Buenos Aires pasó su madurez haciendo profesión de galleguismo. Literariamente, va a arrinconar la

poesía para centrarse en el teatro y en la novela. Si su aparición en la escena literaria había sido relativamente tardía, sus inicios novelísticos lo son aún más: hasta 1948 no aparece en Buenos Aires *La catedral y el niño*, en castellano, novela de aprendizaje elaborada con retazos autobiográficos, que en España fue —y es— ignorada, y a la que sólo se han dedicado algunos juicios valorativos, como el de Torrente Ballester, elogioso aunque con algunas reservas, y el irrestrictamente entusiasta de Ignacio Soldevila. Pero, sobre todo, ha abundado el silencio. En la sociedad de Auria —Orense—, «regida por beatas, funcionarios del reino, curas ignaros y traficantes venidos a más», se nos presenta el proceso formativo de Luis Torralba, encarnación narrativa del autor.

En 1959 publicó *A esmorga*, su primera novela en gallego, que sería luego traducida al castellano. Por los desaguaderos de *A esmorga* ha desaparecido cualquier rastro de esteticismo neopopular y de proclividades formalistas. Su lugar lo ocupa, bajo caparazón naturalista, un hondo pesimismo existencial que se nutre de pensamiento sartreano, en el que la violencia (de las víctimas y de los verdugos), el alcohol en que se disuelve la conciencia individual y la atrocidad de un mundo desmoronado y sin salida actúan como ingredientes de un más general derrumbamiento. *A esmorga*, concebida en la superficie como la declaración jurídica de un reo sobre los hechos cometidos por dos compañeros, en el escaso tiempo en que los acompaña, es, en su brevedad, una obra de gran transitividad semántica. Su tejido realista-materialista descansa sobre un simbolismo renuente a dejarse atrapar significativamente. Las direcciones de su interpretación son múltiples, pero Xavier Carro, que se extiende demoradamente en el estudio de la novela en las que son quizás las mejores páginas de su libro, concilia tales direcciones en una lectura de carácter existencial, según la cual la vida «convérteselle ó home nun camiño viscoso que o conduce ó fracaso. Este é o pensamento último e amargo que atopamos en *A esmorga*» (p. 186).

Otras obras posteriores no tienen la densidad casi sólida de *A esmorga*. *Xente ao lonxe* (1972), última novela del autor, es un compacto relato social, «unha ficción co rumor da Historia ó fondo» que, en los estertores del franquismo, presentaba un friso, el de la España de principios de siglo, en que la individualidad aparecía mediati-

zada por una sociedad sacudida, como la que recibió la novela, por las tensiones de su propio dinamismo.

El libro del profesor Xavier Carro ilustra perfectamente, y muy lejos de los estériles envaramientos académicos, la personalidad literaria de un gran escritor en gallego y en castellano. La utilidad de su estudio está fuera de dudas. El enfoque es atinado, y el análisis de *A esmorga* ejemplar. Ya no sé si es mérito del libro, o carencia mía, el que, incapaz de eludir del todo el peligro que señalaba al comienzo, no me haya resistido a atravesar sus páginas tratando de columbrar, tras la realidad individual de Eduardo Blanco-Amor, otra realidad más amplia, tan apasionante como insuficientemente conocida. Por lo que toca a Blanco-Amor, esta desatención no tendrá, a partir del libro de Xavier Carro, razón que la justifique.

**Angel L. Prieto de Paula**

## América en los libros

**Cultura y contracultura**, Jorge Bosch, Emecé Editores. Buenos Aires, 1993.

La terrible epidemia de facilismo y mediocridad que invade al mundo occidental desde hace décadas,

es el peligro más siniestro que se abate sobre la cultura. Populismo opuesto a popularidad, lo novedoso a lo original, lo hiperkinésico a lo meditativo, sería esa falsificación de la cultura que Jorge Bosch advierte en movimientos como la música rock o las telenovelas. En otras obras suyas como *Pedagogía, contrapedagogía*, plantea los riesgos de una enseñanza frívola y desprovista de la estructura sensata que debe tener la labor pedagógica. Maestros, que en vez de ser tales, se transforman en animadores festivos en eventos donde se deja al alumno, o educando, a su libre albedrío. Todo un mal entendimiento de la democracia y del desenfado en que deben desenvolverse las relaciones entre subordinados y dirigentes, expertos e inexpertos. Bosch trata el concepto de cultura hasta agotarlo remontándose a las fuentes del quehacer humano; y todo ello para llegar a certezas, a evidencias clarísimas, pero debido a la confusión reinante resulta el bosque oculto por variopintos árboles. Pocas serían las verdaderas revoluciones que ha visto la humanidad entre las que destacan el descubrimiento de la agricultura en el neolítico, la imprenta en el Renacimiento y la informática en la actualidad.

Jorge Bosch responde a la pregunta de qué es cultura desde el inicio de la obra. Habría dos formas de definir el concepto: el valorativo y el antropológico. El primero sería aquel en el que la cultura se desarrollaría apoyada en tres grandes ejes: la filosofía, la ciencia y la tecnología. El segundo, una auténtica falsificación ocasionada por la alegre definición y la malsana interpretación que, según Bosch, hacen los antropólogos, los demagogos y populistas. Estos últimos insisten que cultura es todo aquello que ayuda a transformar el mundo sea el trabajo o diario, la práctica de deportes, saludar, caminar, reír, delinquir, no por ello cultivando los tres elementos que constituyen la cultura desde el punto de vista valorativo, pero de una forma frívola y ligera.

Jorge Bosch, epistemólogo, escritor y profesor universitario, augura un panorama oscuro para lo que resta de siglo, pues se seguirán practicando los vicios facilistas y superficiales que hacen posible la contracultura del «todo vale». Pero la humanidad,